

BOLETÍN

PARROQUIAL

Sta. Catalina y San Agustín

ADVIENTO

2019

Esperanza

 SAN
AGUSTÍN
VALENCIA

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO
15 de diciembre de 2019

LA COLUMNA DE LA SEMANA

Mucho decorado, pero ningún niño Jesús
Martín Gelabert Ballester, OP

Eso es lo que hay estos días en nuestras ciudades: mucha decoración, pero ningún niño Jesús. Este ambiente profano hace más oportuna, si cabe, la preciosa y emotiva carta al pueblo cristiano que ha escrito el Papa Francisco, reivindicando la tradición popular de los belenes durante los días de Navidad.

El texto comienza con estas palabras: “El hermoso signo del pesebre, tan estimado por el pueblo cristiano, causa siempre asombro y admiración”. Selecciono unas palabras del escrito: “Desde el belén emerge claramente el mensaje de que no podemos dejarnos engañar por la riqueza y por tantas propuestas efímeras de felicidad. El palacio de Herodes está al fondo, cerrado, sordo al anuncio de alegría. Al nacer en el pesebre, Dios mismo inicia la única revolución verdadera que da esperanza y dignidad a los desheredados, a los marginados: la revolución del amor, la revolución de la ternura. Desde el belén, Jesús proclama, con manso poder, la llamada a compartir con los últimos el camino hacia un mundo más humano y fraterno, donde nadie sea excluido ni marginado”.

Con motivo de las fiestas cristianas de Navidad ya estábamos acostumbrados a ver árboles iluminados. Este año los árboles han cedido el paso a las luces, al desafío pacífico que parece darse entre los alcaldes de Madrid y Vigo para ver quién pone más y mejores luces en la ciudad. En un principio, los árboles y las luces eran símbolos cristianos. El roble, en los pueblos germánicos, representaba al dios Odín. San Bonifacio “cristianizó” este símbolo y, en su lugar, colocó un pino que, por ser perenne, pretendía representar el inmutable amor del Dios revelado en Jesús. Algo de eso hicieron los primeros cristianos cuando cambiaron el sentido de las fiestas romanas al sol naciente por la fiesta de la Navidad, en la que nace el verdadero sol que ilumina a todo ser humano que viene a este mundo.

El árbol y las luces han dejado de ser símbolos religiosos cristianos. Se han convertido en adornos para celebrar no se sabe muy bien qué, quizás el final y el principio del año civil. Sería una pena que fueran las luces y el árbol del nuevo palacio de Herodes, “sordo al anuncio de la alegría”. La carta del Papa reivindica un signo claramente cristiano, el belén que todavía sigue estando presente, aunque probablemente menos que hace unos años. Signo que nos llama, por una parte, a la alegría; y, por otra, a realizar la revolución del amor.



AGENDA DE LA SEMANA

DICIEMBRE 2019

Lunes 16

10:00 h. Misa
19:00 h. Sto. Rosario
19:30 h. Misa

Martes 17

10:00 h. Misa
19:00 h. Sto. Rosario
19:30 h. Misa.

Miércoles 18

10:00 h. Misa
19:00 h. Sto. Rosario
19:30 h. Misa **EN HONOR DE NTRA. SRA. DE GRACIA**

Jueves 19

10:00 h. Misa
18:00 h. CATEQUESIS DE INFANCIA
18:30 h. EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO
19:00 h. Sto. Rosario
19:30 h. Misa.
20:15h. COINCIERTO DE NAVIDAD: CORO I. COLEGIO DE MÉDICOS

Viernes 20

10:00 h. Misa
18:00 h. CATEQUESIS DE CONFIRMACIÓN
19:00 h. Sto. Rosario
19:30 h. Misa
20:30 h. Asamblea Fe y Vida

Sábado 21

10:00 h. Misa
19:00 h. Sto. Rosario
19:30 h. Misa dominical.
20:15h. COINCIERTO DE NAVIDAD: CORO ALAMEDA

Domingo 22

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

11:00 h. Misa dominical
12:00 h. Misa dominical.
13:00 h. Misa dominical
19:00 h. Sto. Rosario
19:30 h. Misa dominical
20:15h. COINCIERTO DE NAVIDAD: ORFEÓN MANUEL PALAU

Admirabile signum

CARTA APOSTÓLICA DEL SANTO PADRE FRANCISCO SOBRE EL SIGNIFICADO Y EL VALOR DEL BELÉN

1. El hermoso signo del pesebre, tan estimado por el pueblo cristiano, causa siempre asombro y admiración. La representación del acontecimiento del nacimiento de Jesús equivale a anunciar el misterio de la encarnación del Hijo de Dios con sencillez y alegría. El belén, en efecto, es como un Evangelio vivo, que surge de las páginas de la Sagrada Escritura. La contemplación de la escena de la Navidad, nos invita a ponernos espiritualmente en camino, atraídos por la humildad de Aquel que se ha hecho hombre para encontrar a cada hombre. Y descubrimos que Él nos ama hasta el punto de unirse a nosotros, para que también nosotros podamos unirnos a Él.

Con esta Carta quisiera alentar la hermosa tradición de nuestras familias que en los días previos a la Navidad preparan el belén, como también la costumbre de ponerlo en los lugares de trabajo, en las escuelas, en los hospitales, en las cárceles, en las plazas... Es realmente un ejercicio de fantasía creativa, que utiliza los materiales más dispares para crear pequeñas obras maestras llenas de belleza. Se aprende desde niños: cuando papá y mamá, junto a los abuelos, transmiten esta alegre tradición, que contiene en sí una rica espiritualidad popular. Espero que esta práctica nunca se debilite; es más, confío en que, allí donde hubiera caído en desuso, sea descubierta de nuevo y revitalizada.

2. El origen del pesebre encuentra confirmación ante todo en algunos detalles evangélicos del nacimiento de Jesús en Belén. El evangelista Lucas dice sencillamente que María «dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada» (2,7). Jesús fue colocado en un pesebre; palabra que procede del latín: praesepeum.

El Hijo de Dios, viniendo a este mundo, encuentra sitio donde los animales van a comer. El heno se convierte en el primer lecho para Aquel que se revelará como «el pan bajado del cielo» (Jn 6,41). Un simbolismo que ya san Agustín, junto con otros Padres, había captado cuando escribía: «Puesto en el pesebre, se convirtió en alimento para nosotros» (Serm. 189,4). En realidad, el belén contiene diversos misterios de la vida de Jesús y nos los hace sentir cercanos a nuestra vida cotidiana.

Pero volvamos de nuevo al origen del belén tal como nosotros lo entendemos. Nos trasladamos con la mente a Greccio, en el valle Reatino; allí san Francisco se detuvo

viniendo probablemente de Roma, donde el 29 de noviembre de 1223 había recibido del Papa Honorio III la confirmación de su Regla. Después de su viaje a Tierra Santa, aquellas grutas le recordaban de manera especial el paisaje de Belén. Y es posible que el Poverello quedase impresionado en Roma, por los mosaicos de la Basílica de Santa María la Mayor que representan el nacimiento de Jesús, justo al lado del lugar donde se conservaban, según una antigua tradición, las tablas del pesebre.

Las Fuentes Franciscanas narran en detalle lo que sucedió en Greccio. Quince días antes de la Navidad, Francisco llamó a un hombre del lugar, de nombre Juan, y le pidió que lo ayudara a cumplir un deseo: «Deseo celebrar la memoria del Niño que nació en Belén y quiero contemplar de alguna manera con mis ojos lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno»[1]. Tan pronto como lo escuchó, ese hombre bueno y fiel fue rápidamente y preparó en el lugar señalado lo que el santo le había indicado. El 25 de diciembre, llegaron a Greccio muchos frailes de distintos lugares, como también hombres y mujeres de las granjas de la comarca, trayendo flores y antorchas para iluminar aquella noche santa. Cuando llegó Francisco, encontró el pesebre con el heno, el buey y el asno. Las personas que llegaron mostraron frente a la escena de la Navidad una alegría indescriptible, como nunca antes habían experimentado. Después el sacerdote, ante el Nacimiento, celebró solemnemente la Eucaristía, mostrando el vínculo entre la encarnación del Hijo de Dios y la Eucaristía. En aquella ocasión, en Greccio, no había figuras: el belén fue realizado y vivido por todos los presentes[2].

Así nace nuestra tradición: todos alrededor de la gruta y llenos de alegría, sin distancia alguna entre el acontecimiento que se cumple y cuantos participan en el misterio.

El primer biógrafo de san Francisco, Tomás de Celano, recuerda que esa noche, se añadió a la escena simple y conmovedora el don de una visión maravillosa: uno de los presentes vio acostado en el pesebre al mismo Niño Jesús. De aquel belén de la Navidad de 1223, «todos regresaron a sus casas colmados de alegría»[3].

3. San Francisco realizó una gran obra de evangelización con la simplicidad de aquel signo. Su enseñanza ha penetrado en los corazones de los cristianos y permanece hasta nuestros días como un modo genuino de representar con sencillez la belleza de nuestra fe. Por otro lado, el mismo lugar donde se realizó el primer belén expresa y evoca estos sentimientos. Greccio se ha convertido en un

refugio para el alma que se esconde en la roca para dejarse envolver en el silencio.

¿Por qué el belén suscita tanto asombro y nos conmueve? En primer lugar, porque manifiesta la ternura de Dios. Él, el Creador del universo, se abaja a nuestra pequeñez. El don de la vida, siempre misterioso para nosotros, nos cautiva aún más viendo que Aquel que nació de María es la fuente y protección de cada vida. En Jesús, el Padre nos ha dado un hermano que viene a buscarnos cuando estamos desorientados y perdemos el rumbo; un amigo fiel que siempre está cerca de nosotros; nos ha dado a su Hijo que nos perdona y nos levanta del pecado.

La preparación del pesebre en nuestras casas nos ayuda a revivir la historia que ocurrió en Belén. Naturalmente, los evangelios son siempre la fuente que permite conocer y meditar aquel acontecimiento; sin embargo, su representación en el belén nos ayuda a imaginar las escenas, estimula los afectos, invita a sentirnos implicados en la historia de la salvación, contemporáneos del acontecimiento que se hace vivo y actual en los más diversos contextos históricos y culturales.

De modo particular, el pesebre es desde su origen franciscano una invitación a “sentir”, a “tocar” la pobreza que el Hijo de Dios eligió para sí mismo en su encarnación. Y así, es implícitamente una llamada a seguirlo en el camino de la humildad, de la pobreza, del despojo, que desde la gruta de Belén conduce hasta la Cruz. Es una llamada a encontrarlo y servirlo con misericordia en los hermanos y hermanas más necesitados (cf. Mt 25,31-46).

4. Me gustaría ahora repasar los diversos signos del belén para comprender el significado que llevan consigo. En primer lugar, representamos el contexto del cielo estrellado en la oscuridad y el silencio de la noche. Lo hacemos así, no sólo por fidelidad a los relatos evangélicos, sino también por el significado que tiene. Pensemos en cuántas veces la noche envuelve nuestras vidas. Pues bien, incluso en esos instantes, Dios no nos deja solos, sino que se hace presente para responder a las preguntas decisivas sobre el sentido de nuestra existencia: ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Por qué nací en este momento? ¿Por qué amo? ¿Por qué sufro? ¿Por qué moriré? Para responder a estas preguntas, Dios se hizo hombre. Su cercanía trae luz donde hay oscuridad e ilumina a cuantos atraviesan las tinieblas del sufrimiento (cf. Lc 1,79).

Merecen también alguna mención los paisajes que forman parte del belén y que a menudo representan las ruinas de casas y palacios antiguos, que en algunos casos sustituyen a la gruta de Belén y se convierten en la estancia de la Sagrada Familia. Estas ruinas parecen estar inspiradas en la Leyenda Áurea del dominico Jacopo da Varazze (siglo XIII), donde se narra una creencia pagana según la cual el templo de la Paz en Roma se derrumbaría cuando una Virgen diera a luz. Esas ruinas son sobre todo el signo visible de la humanidad

caída, de todo lo que está en ruinas, que está corrompido y deprimido. Este escenario dice que Jesús es la novedad en medio de un mundo viejo, y que ha venido a sanar y reconstruir, a devolverle a nuestra vida y al mundo su esplendor original.

5. ¡Cuánta emoción debería acompañarnos mientras colocamos en el belén las montañas, los riachuelos, las ovejas y los pastores! De esta manera recordamos, como lo habían anunciado los profetas, que toda la creación participa en la fiesta de la venida del Mesías. Los ángeles y la estrella son la señal de que también nosotros estamos llamados a ponernos en camino para llegar a la gruta y adorar al Señor.

«Vayamos, pues, a Belén, y veamos lo que ha sucedido y que el Señor nos ha comunicado» (Lc 2,15), así dicen los pastores después del anuncio hecho por los ángeles. Es una enseñanza muy hermosa que se muestra en la sencillez de la descripción. A diferencia de tanta gente que pretende hacer otras mil cosas, los pastores se convierten en los primeros testigos de lo esencial, es decir, de la salvación que se les ofrece. Son los más humildes y los más pobres quienes saben acoger el acontecimiento de la encarnación. A Dios que viene a nuestro encuentro en el Niño Jesús, los pastores responden poniéndose en camino hacia Él, para un encuentro de amor y de agradable asombro. Este encuentro entre Dios y sus hijos, gracias a Jesús, es el que da vida precisamente a nuestra religión y constituye su singular belleza, y resplandece de una manera particular en el pesebre.

6. Tenemos la costumbre de poner en nuestros belenes muchas figuras simbólicas, sobre todo, las de mendigos y de gente que no conocen otra abundancia que la del corazón. Ellos también están cerca del Niño Jesús por derecho propio, sin que nadie pueda echarlos o alejarlos de una cuna tan improvisada que los pobres a su alrededor no desentonan en absoluto. De hecho, los pobres son los privilegiados de este misterio y, a menudo, aquellos que son más capaces de reconocer la presencia de Dios en medio de nosotros.

Los pobres y los sencillos en el Nacimiento recuerdan que Dios se hace hombre para aquellos que más sienten la necesidad de su amor y piden su cercanía. Jesús, «manso y humilde de corazón» (Mt 11,29), nació pobre, llevó una vida sencilla para enseñarnos a comprender lo esencial y a vivir de ello. Desde el belén emerge claramente el mensaje de que no podemos dejarnos engañar por la riqueza y por tantas propuestas efímeras de felicidad. El palacio de Herodes está al fondo, cerrado, sordo al anuncio de alegría. Al nacer en el pesebre, Dios mismo inicia la única revolución verdadera que da esperanza y dignidad a los desheredados, a los marginados: la revolución del amor, la revolución de la ternura. Desde el belén, Jesús proclama, con manso poder, la llamada a compartir con los últimos el camino hacia un mundo más humano y fraterno, donde nadie sea excluido ni marginado.

Con frecuencia a los niños —¡pero también a los adultos!— les encanta añadir otras figuras al belén que parecen no tener relación alguna con los relatos evangélicos. Y, sin embargo, esta imaginación pretende expresar que en este nuevo mundo inaugurado por Jesús hay espacio para todo lo que es humano y para toda criatura. Del pastor al herrero, del panadero a los músicos, de las mujeres que llevan jarras de agua a los niños que juegan..., todo esto representa la santidad cotidiana, la alegría de hacer de manera extraordinaria las cosas de todos los días, cuando Jesús comparte con nosotros su vida divina.

7. Poco a poco, el belén nos lleva a la gruta, donde encontramos las figuras de María y de José. María es una madre que contempla a su hijo y lo muestra a cuantos vienen a visitarlo. Su imagen hace pensar en el gran misterio que ha envuelto a esta joven cuando Dios ha llamado a la puerta de su corazón inmaculado. Ante el anuncio del ángel, que le pedía que fuera la madre de Dios, María respondió con obediencia plena y total. Sus palabras: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38), son para todos nosotros el testimonio del abandono en la fe a la voluntad de Dios. Con aquel “sí”, María se convertía en la madre del Hijo de Dios sin perder su virginidad, antes bien consagrándola gracias a Él. Vemos en ella a la Madre de Dios que no tiene a su Hijo sólo para sí misma, sino que pide a todos que obedezcan a su palabra y la pongan en práctica (cf. Jn 2,5).

Junto a María, en una actitud de protección del Niño y de su madre, está san José. Por lo general, se representa con el bastón en la mano y, a veces, también sosteniendo una lámpara. San José juega un papel muy importante en la vida de Jesús y de María. Él es el custodio que nunca se cansa de proteger a su familia. Cuando Dios le advirtió de la amenaza de Herodes, no dudó en ponerse en camino y emigrar a Egipto (cf. Mt 2,13-15). Y una vez pasado el peligro, trajo a la familia de vuelta a Nazaret, donde fue el primer educador de Jesús niño y adolescente. José llevaba en su corazón el gran misterio que envolvía a Jesús y a María su esposa, y como hombre justo confió siempre en la voluntad de Dios y la puso en práctica.

8. El corazón del pesebre comienza a palpitar cuando, en Navidad, colocamos la imagen del Niño Jesús. Dios se presenta así, en un niño, para ser recibido en nuestros brazos. En la debilidad y en la fragilidad esconde su poder que todo

lo crea y transforma. Parece imposible, pero es así: en Jesús, Dios ha sido un niño y en esta condición ha querido revelar la grandeza de su amor, que se manifiesta en la sonrisa y en el tender sus manos hacia todos.

El nacimiento de un niño suscita alegría y asombro, porque nos pone ante el gran misterio de la vida. Viendo brillar los ojos de los jóvenes esposos ante su hijo recién nacido, entendemos los sentimientos de María y José que, mirando al niño Jesús, percibían la presencia de Dios en sus vidas.

«La Vida se hizo visible» (1Jn 1,2); así el apóstol Juan resume el misterio de la encarnación. El belén nos hace ver, nos hace tocar este acontecimiento único y extraordinario que ha cambiado el curso de la historia, y a partir del cual también se ordena la numeración de los años, antes y después del nacimiento de Cristo.

El modo de actuar de Dios casi aturde, porque parece imposible que Él renuncie a su gloria para hacerse hombre como nosotros. Qué sorpresa ver a Dios que asume nuestros propios comportamientos: duerme, toma la leche de su madre, llora y juega como todos los niños. Como siempre, Dios desconcierta, es impredecible, continuamente va más allá de nuestros esquemas. Así, pues, el pesebre, mientras nos muestra a Dios tal y como ha venido al mundo, nos invita a pensar en nuestra vida injertada en la de Dios; nos invita a ser discípulos suyos si queremos alcanzar el sentido último de la vida.

9. Cuando se acerca la fiesta de la Epifanía, se colocan en el Nacimiento las tres figuras de los Reyes Magos. Observando la estrella, aquellos sabios y ricos señores de Oriente se habían puesto en camino hacia Belén para conocer a Jesús y ofrecerle dones: oro, incienso y mirra. También estos regalos tienen un significado alegórico: el oro honra la realeza de Jesús; el incienso su divinidad; la mirra su santa humanidad que conocerá la muerte y la sepultura.



Contemplando esta escena en el belén, estamos llamados a reflexionar sobre la responsabilidad que cada cristiano tiene de ser evangelizador. Cada uno de nosotros se hace portador de la Buena Noticia con los que encuentra, testimoniando con acciones concretas de misericordia la alegría de haber encontrado a Jesús y su amor.

Los Magos enseñan que se puede comenzar desde muy lejos para llegar a Cristo. Son hombres ricos, sabios extranjeros, sedientos de lo infinito, que parten para un largo y peligroso viaje que los lleva hasta Belén (cf. Mt 2,1-12). Una gran alegría los invade ante el Niño Rey. No se dejan escandalizar por la pobreza del ambiente; no dudan en ponerse de rodillas y adorarlo. Ante Él comprenden que Dios, igual que regula con soberana sabiduría el curso de las estrellas, guía el curso de la historia, abajando a los poderosos y exaltando a los humildes. Y ciertamente, llegados a su país, habrán contado este encuentro sorprendente con el Mesías, inaugurando el viaje del Evangelio entre las gentes.

10. Ante el belén, la mente va espontáneamente a cuando uno era niño y se esperaba con impaciencia el tiempo para empezar a construirlo. Estos recuerdos nos llevan a tomar nuevamente conciencia del gran don que se nos ha dado al transmitirnos la fe; y al mismo tiempo nos hacen sentir el deber y la alegría de transmitir a los hijos y a los nietos la misma experiencia. No es importante cómo se prepara el pesebre, puede ser siempre igual o modificarse cada año; lo que cuenta es que este hable a nuestra vida. En cualquier lugar y de cualquier manera, el belén habla del amor de Dios, el Dios que se ha hecho niño para decirnos lo cerca que está de todo ser humano, cualquiera que sea su condición.

Queridos hermanos y hermanas: El belén forma parte del dulce y exigente proceso de transmisión de la fe. Comenzando desde la infancia y luego en cada etapa de la vida, nos educa a contemplar a Jesús, a sentir el amor de Dios por nosotros, a sentir y creer que Dios está con nosotros y que nosotros estamos con Él, todos hijos y hermanos gracias a aquel Niño Hijo de Dios y de la Virgen María. Y a sentir que en esto está la felicidad. Que en la escuela de san Francisco abramos el corazón a esta gracia sencilla, dejemos que del asombro nazca una oración humilde: nuestro “gracias” a Dios, que ha querido compartir todo con nosotros para no dejarnos nunca solos.

Dado en Greccio, en el Santuario del Pesebre, 1 de diciembre de 2019.

Franciscus



ORACIÓN PARA ENCENDER, EN FAMILIA, EL CIRIO DE LA CORONA DE ADVIENTO

Señor Jesús, nosotros queremos ser portadores de alegría, llevando en nosotros mismos una profunda alegría, una alegría que tenga su fuente en la fe y en el amor que nos tiene el Padre Celestial.

Las dificultades no nos pueden quitar la alegría.

Señor, te pedimos que seas la causa de nuestra alegría.

Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

¡Ven, Señor Jesús!
¡Ven, Señor Jesús!

III Domingo de Adviento

«Lo que estáis viendo y oyendo»



Con las palabras *Gaudete in Domino (Alegraos en el Señor)*, ha comenzado tradicionalmente la celebración eucarística del tercer domingo de Adviento. Se trata de un canto cuyo texto pertenece a la carta de san Pablo a los filipenses y que da nombre a este domingo. El gozo de este tiempo de espera en el Señor se condensa en este día, en el que las oraciones y las lecturas también expresan con alegría que la salvación de Dios llega. En el Evangelio aparece en primer plano Juan Bautista, que tiene interés por conocer si Jesús es realmente el Mesías: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?». La pregunta de Juan se encuadra en una serie de pasajes en los que se plantea la cuestión de la identidad del Señor. En este caso es Juan el que manda

a sus discípulos a preguntarle a Jesús, pero en otros pasajes es el mismo Jesús el que interroga a sus discípulos sobre su persona.

La salvación ha llegado

La respuesta del Señor alude de modo inmediato a la novedad traída por su persona. Si siglos antes el profeta Isaías había predicho el final del destierro en Babilonia con el ambiente de alegría que refleja la primera lectura de este domingo, ahora Jesús solo pide mirar alrededor para constatar que la acción de Dios ha llegado de modo definitivo y radical. Si el profeta Isaías acude a imágenes poéticas, estableciendo un paralelismo entre la alegría del campo en primavera y la novedad de la salvación, la respuesta del Señor se centra sobre todo en lo que afecta

a los hombres. Y antes de enumerar cuáles son las obras de salvación, hace referencia a «lo que estáis viendo y oyendo». El Señor es directo en su afirmación y no idealiza un futuro más o menos remoto, sino que quiere que fijemos la mirada en la acción real de Dios en la historia. En realidad, el Señor acude al mismo modo en el que el pueblo de Israel había sido consciente de la presencia de Dios en su historia: reconocían a Dios porque eran salvados de sus enemigos, fueran estos el faraón o los babilonios; y esto solo podía ser obra de un Dios mayor que los dioses extranjeros. La llegada de la salvación produce, por lo tanto, una transformación en el hombre: «los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen», son algunas de

las novedades realizadas por el Señor, de las cuales todos eran testigos y suponían el cumplimiento de la profecía anunciada en la primera lectura.

Una salvación no deslumbrante

El Evangelio de este domingo constata que con el comienzo del ministerio público del Señor ha comenzado la salvación, pero también que esa salvación se hace desde lo pequeño y humilde. La frase «los pobres son evangelizados» refleja que a ellos se dirige especialmente la buena noticia del Señor, que es un mensaje de esperanza para las personas más alejadas de la alegría, ya que no esperan nada de la vida. Lo pobre aparecerá siempre en el Evangelio, tanto para referirse a las personas más humildes como a lo pequeño, lo insignificante, lo oculto, que será lo que tantas veces dé los mayores frutos para el Señor: el grano de mostaza; el grano que cae en tierra y muere; la sal, que no se ve, pero da sabor; la levadura en la masa. Muchos en tiempos de Jesús pensaban que el Mesías llegaría al son de trompetas, como si se tratara de un héroe victorioso. Sin embargo, la venida del Señor va a traer consigo la bondad, la misericordia y el amor de Dios hacia los más pequeños. Esto es algo que podía decepcionar a quienes esperaban un Mesías destinado a imponerse sin más espera. Y esta es la otra gran enseñanza de este tiempo: la espera del Señor exige paciencia. El que no se escandaliza del Señor es el que sabe aguardar y comprende que a menudo nuestros tiempos no son los de Dios y confía todo a los momentos y ritmos que la salvación de Dios va marcando en la historia de cada uno y de toda la sociedad.

Daniel A. Escobar Portillo
Delegado Episcopal de
Liturgia de Madrid

Evangelio

En aquel tiempo, Juan, que había oído en la cárcel las obras del Mesías, mandó a sus discípulos a preguntarle: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?».

Jesús les respondió: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, y los cojos andan; los leprosos quedan limpios, y los sordos oyen; los muertos resucitan, y los pobres son evangelizados. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí!».

Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan: «¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué fuisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Mirad, los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis? ¿a ver a un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. Este es de quien está escrito: "Yo envío mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino ante ti". En verdad os digo que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él».

Mateo 11, 2-11

Instituto de Arte de Chicago



San Juan Bautista en prisión es visitado por dos discípulos de Giovanni di Paolo

La Liturgia de la semana

Lunes 16	Nm 24, 2-7.15-17 ¡Qué bellas las moradas de Israel! Sal 24, 4-9 Señor, enséñame tus caminos. Mt 21, 23-27 "Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto". Revisa como puedes mejorar tu testimonio cristiano
Martes 17	Gn 49, 1-2.8-10. No se apartará de Judá el cetro. Sal 71, 1-4.7-8.17, que en sus días florezca la justicia, y la paz abunde eternamente. Mt 1, 1-17. Genealogía de Jesucristo, hijo de David Reza por los que no creen en Cristo o en la Iglesia
Miércoles 18 NUUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA	Jr 23, 5-8. Llegan días en que suscitaré a David un vástago legítimo. Sal 71. Que en sus días florezca la justicia y la paz abunde eternamente. Mt 1,18-24. La virgen concebirá y dará a luz un hijo, le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados. Revisa si estás preparado para recibir al Señor
Jueves 19	Jc 13, 2-7.24-25. El ángel anuncia el nacimiento de Sansón. Sal 70. Que mi boca esté llena de tu alabanza y cante tu gloria. Lc 1, 5-25. El ángel Gabriel anuncia el nacimiento de Juan Bautista. Reza por los sacerdotes
Viernes 20	Is 7, 10-14. El Señor os dará una señal: Mirad, la Virgen está encinta y da a luz un niño, y le pone por nombre "Dios-con-nosotros". Sal 23, 1-4. Ya llega el Señor. El es el Rey de la gloria. Lc 1, 26-38. La virgen se llamaba María. Pídele a la Virgen lo que más necesites
Sábado 21 San PEDRO CANISIO	Cant 2, 8-14. Mi amado me habla así: Levántate, amada mía, hermosa mía, ven a mí. Sal 32, 2-3.11-12.20-21. Aclamad, justos, al Señor. Lc 1, 39-45. ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! Haz una obra de caridad
Domingo 22 4º de ADVIENTO	Is 7, 10-14. La virgen concebirá. Sal 23,1-6. Va a entrar el Señor; él es el rey de la Gloria. Rm 1,1-7. Jesucristo es de la estirpe de David, Hijo de Dios. Mt 1, 18-24. Jesús nacerá de María, desposada con José, hijo de David. Reza por tu familia y por la parroquia



Papa Francisco: Los santos están cerca de nosotros y nos sostienen en el camino de la vida

El Papa Francisco recibió este 12 de diciembre a los miembros de la Congregación para las Causas de los Santos con ocasión del 50º aniversario de la institución y destacó que "los santos no son seres humanos inalcanzables, sino que están cerca de nosotros y pueden sostenernos en el camino de la vida".

Tras el saludo del prefecto del dicasterio, el Cardenal Angelo Becciu, el Papa Francisco recordó que el 8 de mayo de 1969 "San Pablo VI decidió sustituir la Congregación para los Sagrados Ritos por dos dicasterios: la Congregación para las Causas de los Santos y la Congregación para el Culto Divino. Con esta decisión hacía posible dedicar los recursos humanos y laborales adecuados a dos grandes áreas claramente diferenciadas, para responder mejor tanto a las peticiones cada vez numerosas de las Iglesias particulares como a la sensibilidad conciliar".

En esta línea, el Pontífice destacó que en este medio siglo de actividad la Congregación "ha examinado un gran número de perfiles biográficos y espirituales de hombres y mujeres para presentarlos como modelos y guías de vida cristiana", y añadió que "las numerosas beatificaciones y canonizaciones que se han celebrado en las últimas décadas significan que los santos no son seres humanos inalcanzables, sino que están cerca de nosotros y pueden sostenernos en el camino de la vida".

"El testimonio de los beatos y de los santos nos ilumina, nos atrae y nos interpela, porque es 'palabra de Dios' encarnada en la historia y cercana a nosotros. La santidad impregna y acompaña siempre la vida de la Iglesia peregrina en el tiempo, a menudo de manera oculta y casi imperceptible", explicó.

Por ello, el Santo Padre animó a "aprender a ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. Es muchas veces la santidad de la puerta de al lado, de los que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios".

De este modo, el Papa Francisco insistió que este dicasterio "está llamado a verificar las diversas modalidades de la santidad heroica, la que resplandece más visible como la más oculta y menos aparente, pero igualmente extraordinaria".

"La santidad es la verdadera luz de la Iglesia: como tal, debe ser colocada en el candelabro para que pueda iluminar y guiar el camino hacia Dios de todo el pueblo redimido", exclamó el Papa.



PARROQUIA SANTA CATALINA Y SAN AGUSTÍN



Celebración de la Eucaristía

Lunes a sábado	10:00h, 19:30h
Domingos	11:00h., 12:00h., 13:00h., 19:30h.

Jueves 18:30h. Exposición del Santísimo, Adoración Eucarística
Confesiones durante la apertura del Templo



Apertura del Templo Parroquial

Lunes a viernes	09:00h -12:00h (con rezo del Ángelus) 18:00h - 20:00h
Sábado	09:00h -12:00h (con rezo del Ángelus) 18:30h - 20:30h
Domingo	10:00h -14:00h 18:30h - 20:30h



Despacho Parroquial

Martes y miércoles	11:30h -12:30h
Jueves	18:30h -19:30h